

## EN LA FERIA NACIONAL DEL LIBRO DE 1948

**Q**UIISO la Dirección General de Propaganda que fuese Sevilla este año la sede de la Feria Nacional del Libro. Porque la ciudad andaluza celebra ahora el VII Centenario de su reconquista por el Rey Santo, y entre sus festejos conmemorativos, de carácter cultural, bien encajaba esta manifestación. Y así, a los vientos lluviosos y variables del abril sevillano abrieron sus hojas millares de volúmenes, acoplados en las lindas casetas, fabricadas con gracia y donaire, e instaladas junto a otra feria: la famosa de abril, que ha cumplido ya los cien primeros años de su existencia dichosa. Entre los encantadores jardines del bello Parque de María Luisa, que trazara con mano maestra el profesor Forestier, halló cobijo la cultura española, condensada y simbolizada en las obras cumbres del genio patrio. Junto a ella, Portugal hizo acto de presencia «en un deseo de acentuar la política de paz y de colaboración intelectual de los dos pueblos ibéricos», como afirmó en Sevilla el Sr. Eça de Queiroz, jefe del Servicio Nacional de Información de Portugal.

Junto a las naciones ibéricas, pueblos del otro lado del Atlántico. Libros argentinos, traídos de la Pampa por vía aérea, en un

noble esfuerzo de adhesión a la vieja España, de cuya savia cultural nutrióse un día ya lejano. No pensaba Argentina acudir a esta manifestación cultural; pero ante los requerimientos del Instituto Nacional del Libro Español, acudió presurosa, y, a falta de tiempo, no vaciló en enviar por vía aérea los cajones que albergaban los volúmenes exhibidos en la Feria. Y así, los españoles han podido admirar el gigantesco esfuerzo editorial de la Argentina, que ha presentado en Sevilla desde el libro científico hasta el infantil o el popular, sin olvidar los volúmenes de cuentos, que ofrecen grandes figuras desplegadas como última novedad tipográfica.

Con los libros argentinos, los mejicanos. Porque una caseta, la número 14, fué adquirida por la Editora y Distribuidora Hispano-Americana, de aquel lejano país. Doscientos veinte volúmenes integraron su acervo cultural, traídos desde Barcelona a la capital andaluza. Porque en nuestra ciudad catalana reside el fondo de cultura económica de Méjico. En tres secciones se exhibieron agrupados los volúmenes. La primera, de Economía, presentó obras de los más reputados tratadistas, que abren sus cátedras en las principales Universidades del mundo. La Sección de Sociología, con unos tomos breves, escritos para los no especialistas, sobre «los grandes sociólogos contemporáneos». Por último, la Sección de Filosofía, que exhibió por vez primera en español las obras de Wilhelm Dilthey, no vertidas hasta ahora a nuestra lengua vernácula. Su presentación en España fué seguida del éxito más lisonjero. Integraron, además, esta Sección los textos clásicos de Filosofía, colección de textos breves sobre el pensamiento filosófico, editados por el Colegio de Méjico. España aceptó muy gustosa, al igual que los argentinos, los volúmenes mejicanos. Madrid y Andalucía se disputaron las obras de historia, sobre todo las ligadas con América, y en el Norte y en Cataluña mostraron preferencia por los volúmenes de Economía.

Por su parte, los editores españoles llevaron a la Feria de Sevilla sus mejores producciones. Cuatro pabellones y cuarenta y dos casetas integraron aquel recinto cultural. Los pabellones fueron

ocupados por la Oficina de Información, la Sección de Ediciones de la Dirección General de Propaganda, la Estafeta Postal y Telegráfica y el Secretariado Nacional de Información, Cultura Popular y Turismo de Portugal. En las casetas, al lado de los organismos oficiales (Instituto de Cultura Hispánica y Dirección General de Relaciones Culturales, Editora Naval, Instituto Nacional de Estadística, Instituto de Estudios Políticos, Editora Nacional, Ministerio de Industria y Comercio, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Nacional de Previsión, Ministerio de Agricultura, Delegación Nacional de Sindicatos), las más importantes casas editoras de España.

Los volúmenes exhibidos abarcaron todas las ramas del saber humano, y su presentación pudo rivalizar con orgullo con los libros extranjeros.

Y España pudo ver en la aportación de la cultura portuguesa, argentina y mejicana a su Feria del Libro el símbolo de íntima penetración con estos países, porque nada hay que una más a los pueblos que el denominador común de la cultura. Sobre todo, al tratar de Argentina y de Méjico, cuando las ideas, las doctrinas y los hechos pueden presentarse en el idioma común de los tres pueblos.

